

Un pacto por la enseñanza pública

TRIBUNA LIBRE

ENRIQUE ABASCAL

Se habla mucho de la necesidad de un pacto educativo. Sucesivos informes PISA han puesto de manifiesto la progresiva inoperancia de nuestro sistema de enseñanza. Y como los dos grandes partidos tienen puntos de vista diferentes acerca del asunto, se da por supuesto que la solución del problema estaría en un pacto entre ellos que garantizara la estabilidad del sistema. En mi opinión, se están olvidando las causas concretas de los malos resultados educativos, y lo que de hecho han defendido y siguen defendiendo esos partidos al respecto. Los malos resultados comienzan con el triunfo del pedagogismo en la enseñanza, hace ya veinte años, cuando se implanta la Logse. Ese pedagogismo viene de la mano de una izquierda empeñada en implantar en los cerebros de nuestros alumnos no los conocimientos útiles que hasta entonces habían sido la razón de ser del sistema, sino una particular visión de la realidad, una visión ideológica. Se trata de otro intento de crear ese hombre nuevo cuyo siempre fracasado alumbramiento tanta sangre y horrores ha costado a la humanidad. Esta vez, secuestrando para ello el sistema de enseñanza de un país democrático. Los resultados, a la vista están: caída fulminante de los resultados académicos, violencia escolar generalizada e incremento imparable de las dolencias psiqui-

cas de alumnos y profesores. ¿Ha hecho esto rectificar a la izquierda? No, en absoluto. Su respuesta a la catástrofe Logse fue una nueva ley todavía más pedagógicamente integrista. Y en eso siguen.

¿Y la derecha? La derecha promulgó una ley que, muy tímidamente, intentaba rectificar los más evidentes desafueros pedagógicos y que el siguiente gobierno socialista dejó sin efecto. Por lo demás, sólo se ha movilizado en favor de la enseñanza privada o concertada y en defensa de la enseñanza de la religión católica. Lo previsible; mientras las clases más adineradas tengan la salida de enviar a sus hijos a centros en los que reciban una buena educación, aunque sea pagando, no van a, digamos, echarse a la calle.

Y es que la principal víctima del pedagogismo es el sistema público de enseñanza, y con él, la permeabilidad social. Cuando las clases más desfavorecidas no tienen acceso a una enseñanza de calidad, sus hijos no pueden competir en pie de igualdad en el mercado de trabajo, por falta de formación. El resultado es que la cuna, antes que el talento, es la que determina el puesto de cada cual en la sociedad. No parece que sea esto muy progresista, pero, por desgracia, la izquierda parece más interesada en colonizar ideológicamente el sistema de enseñanza que en hacerlo eficaz. Los sindicatos llamados «de clase», por su parte, al depender ideológica y económicamente de la izquierda, se ven obligados a colaborar activamente en esa colonización,

de la que obtienen múltiples ventajas.

Así las cosas, un mero pacto entre los dos grandes partidos podría no suponer otra cosa que la definitiva consolidación del delirio pedagógico imperante en la pública, al precio de una mayor libertad de acción para privada y concertada.

La verdadera solución a los problemas de la enseñanza pública pasa por la desaparición del pedagogismo ideológico que la envenena y por la vuelta a criterios técnicos, desarrollados por los verdaderos profesionales expertos en enseñanza, es decir, por los docentes. Y para eso resulta imprescindible que estos se or-

La solución a sus problemas pasa por la desaparición del pedagogismo ideológico y la vuelta a criterios técnicos

ganicen para hacerse oír, que se agrupen en asociaciones y sindicatos que puedan hacer llegar su voz a la mesa en que se negocie ese hipotético pacto por la educación. Asociaciones y sindicatos independientes de los partidos políticos que representen verdaderamente sus autorizadas opiniones sobre asuntos profesionales. En organizaciones que, sin duda, los sindicatos «de clase» se apresurarán en calificar de corporativistas, pero que de haber exis-

tido hace veinte años no hubieran permitido que se llegara al desastre actual. Porque los intereses profesionales de los docentes de la pública coinciden en buena medida con los de la sociedad en su conjunto, pues son los primeros interesados en que su atmósfera de trabajo sea respirable, y eso significa orden en las aulas y razonable rendimiento de los alumnos.

Afortunadamente, aunque despacio, los profesores hemos ido dando pasos en ese sentido, y el pasado día 10 se presentó en sociedad en el Ateneo de Madrid la federación SPES, que agrupa, de momento, a cinco sindicatos profesionales de la secundaria pública, defensores del buen funcionamiento de la enseñanza en otras tantas comunidades autónomas. La esperanza que nos hace albergar esa federación es la de que no se selle un pacto por la enseñanza en el que sólo se tengan en cuenta los intereses de los grandes partidos. La esperanza que nos hace albergar es la de que ese posible pacto por la educación sirva para garantizar la eficacia y buen funcionamiento del sistema público de enseñanza, y no el reparto entre los partidos de la pública y la privada y concertada. Porque de ese buen funcionamiento de la enseñanza pública depende la permeabilidad social, que es un pilar básico de toda sociedad democrática, ya que, al promover la libre competencia de los talentos procedentes de todas las clases sociales, redundará directamente en una mayor eficacia y competitividad del país. Además de ser de estricta justicia.

Enrique Abascal es presidente de la Asociación de Profesores de Instituto de Andalucía (APIA) y secretario general de la federación SPES.